

VI.

Cuando Enriqueta apareció en el terrado, el alcalde se hallaba hablando con Raynal y Vandelle.

—¡Cuán dichosos son Vds., les decia, en haber pasado su juventud en París! Yo, no he conocido mas que por sueños, las cenas, las orgías, lo que se llama en fin, la vida alegre!

M.<sup>me</sup> Fourcanade se habia acercado á él silenciosamente y tomando su brazo, exclamó:

—Me parece, amigo mío, que sin abandonar la provincia, has llevado vida demasiado alegre.

—Pero, por Dios, contestó algo turbado el buen alcalde, esto no admite comparacion. Los placeres de París y los de la provincia, no tienen igual sabor. Las mujeres, sobre todo en la capital, tienen un cebo que no se encuentra en ninguna otra parte.

—¡Cómo! ¡Qué estás diciendo! ¡A dos pasos de tu hija; un padre de familia, un magistrado municipal, el alcalde... decir semejantes despropósitos!

—Pero me contento con decir y no hago nada, replicó Fourcanade suspirando, y como temiese escandalizar de nuevo á su mujer se apresuró á volver al lado de Raynal, y le propuso pasar á la sala de billar, mientras llegaba la hora de la comida.

—Yo no juego al billar, exclamó el juez.

—¿De veras? repuso el alcalde.

Su señora aprovechó esta ocasion para intervenir de nuevo.

—¿De qué te admiras? exclamó; ¿vas á imaginarte que el señor juez es un tahur de café como tú?

El alcalde se irguió.

—Voy al café, dijo con dignidad, en interés de la cosa pública. Allí, solamente, es donde puede hacerse buena administracion.

—¡Bah! repuso Raynal.

—Sin duda alguna. No puede V. imaginarse, señor juez, cuánta influencia puede tener en las deliberaciones del Concejo, un ponche ofrecido espontáneamente. ¡Y las elecciones! Veinte años hace que soy alcalde con todas las situaciones. Pues bien, caballero, mi distrito ha votado siempre como un solo hombre por el candidato del Gobierno, fuera quien fuese... Y al café debe solo la administracion estos triunfos.

—¿Pues cómo?

—Es muy sencillo. Un tal Crabioules, por ejemplo, dispone de treinta votos para el candidato de oposicion. Yo le juego sus treinta votos al dominó... y gano... En las otras elecciones el partido de Crabioules está en el poder y Barbazan v. g. que antes estaba *por*, hoy está en *contra*. Desafío á Barbazan al billar, y en veintiuna carambolas, le gano sus votos. ¡Así es como se administra un pueblo!

Dicho esto, el alcalde miró su reloj.

—Señores, os pongo por testigos de que el exprés de París para Tolosa se halla en retraso de tres minutos y medio.

Desde el día en que se inauguró la estacion de Montréjeau, M. Fourcanade á quien su pequeña fábrica de objetos de madera, y sus deberes municipales, dejábanle mucho tiempo de que disponer, habíase impuesto la mision de vigilar á la compañía del Mediodía. Y tanta exactitud ponía en hallarse al paso de los trenes, tanto de grande como de pequeña velocidad, que hubiera podido tomársele por un empleado de la línea. Y tanto se habia acostumbrado, que hasta habia adquirido insensiblemente la costumbre de estender el brazo como para indicar que la via estaba libre. A las horas en que el exprés de París se detenía en Montréjeau, veíasele acudir á la estacion. Precipitábase en el bufet, examinaba á los viajeros, é intentaba trabar conversacion con ellos.—«Me traen, solia decir, como un

«perfume parisien; paréceme que llego de la capital, y olvido «así la inmensa distancia que de ella me separa.»

Cuando encontraba á una parisiense bonita, tenia para ella atenciones y cuidados paternales.

—«La señora puede almorzar tranquilamente, le decia, le «quedan todavía mas de veinte minutos: ya la avisaré al momento oportuno.» E iba y venia, consultaba su reloj, lo ponía con el de la estacion, conversaba con el amo de la fonda y con el jefe y empleados de la línea que habian llegado á ser amigos suyos. Algunas veces llegaba á levantar la voz diciendo: —«Faltan cinco minutos para los viajeros de Pierrefite y de «Tarbes; diez minutos para los de Luchon, un cuarto de hora «para los de Tolosa.»

Y cuando llegaba el momento de partir, dirigíase á la viajera de su predileccion, la obligaba á que le confiase su saco de noche y la ayudaba á subir á un compartimiento reservado. —«Vengo de dar una vuelta al boulevard de los Italianos,» decia al regresar á su casa.

Pero ¡ay! el 6 de setiembre de 1877, como M. Fourcanade comia en casa de Vandelle, en compañía de su mujer y su hija, fuéle imposible personarse en la estacion de Montréjeau para presenciar el paso del express. Fue verdaderamente una desgracia, porque aquel dia hubiera visto bajar del tren una viajera como á él le gustaban: alta, esbelta, vestida con sencillez, pero con un gusto perfecto. Un manton de viaje, de lana ligera, cubria sus anchas espaldas y su cuerpo desarrollado, sin ocultar por eso enteramente su talle cimbreante: una falda de seda negra encerraba unas caderas claramente dibujadas. Bajo un velo que acababa en sus labios y permitia admirar su gracioso contorno, distinguíanse rasgos encantadores y mirada ardiente é inquieta.

Iba sola. Fourcanade hubiera podido ofrecerle sus servicios... y... ¡cosa estraña! ¡Montréjeau parecia ser el término de su via-

je! ¡Se detenía en Montréjeau! ¡Años hacia que no se habia visto cosa semejante!

En efecto, en lugar de pasearse por el anden, ó entrar en el buffet, dirigióse hácia la puerta de salida, dió su billete, previno que se dejase su equipaje en la sala de almacenaje y dirigiéndose á un hombre del país:

—Sírvase V., le dijo, indicarme el camino que debo tomar para ir á casa de M. Vandelle.

Cuando se lo hubo mostrado, y supo que un kilómetro apenas la separaba de la casa que iba buscando, rehusó un coche que la ofrecian y siguió con deliberados pasos el camino indicado.

Un cuarto de hora despues, penetraba en el parque y al ver á un jardinero, le rogó fuese á avisar á su amo que una señora procedente de París, deseaba hablarle en particular.

El jardinero, antes de obedecer, le abrió el saloncito del pabellon Luis XIII, situado á la entrada de la posesion.

Al cabo de diez minutos, Enrique Vandelle apareció al extremo de la senda que conducia al pabellon. Andaba con paso rápido, mirando con curiosidad á la direccion indicada por su jardinero ¿Quién podia buscarle? ¿Quién era esta señora procedente de París? Verdad es que estaba buscando una lectora para su mujer, y se habia dirigido á varios de sus amigos, pero todavía no le habia respondido ninguno. Por otra parte, la persona que buscaba, aun advirtiéndole que llegase sin prévio aviso, no hubiera pedido hablarle á él antes, sino que directamente se habria presentado á Enriqueta.

Ya cerca del pabellon, cuya puerta se hallaba abierta de par en par, detúvose y miró:

Efectivamente, en el salon, habia una mujer sentada, pero se hallaba vuelta de espaldas y parecia no conmoverse al oír que él llegaba.

Entró.

VII.

Entonces, aquella mujer, se levantó con lentitud; despues se volvió bruscamente.

—¡Ester! exclamó él.

—Sí, yo! ¡Ester Sandraz! contestó.

La sorpresa era demasiado grande, la emocion escesivamente viva; sintióse desfallecer, y se vió obligado á apoyarse en la pared para no caer.

Contemplóla durante algunos segundos, sin hablar.

Despues sintiéndose mas fuerte, adelantó dos pasos diciendo:

—Usted! Usted aquí!

Ella no respondió; seguia de pié, inmóvil, con su mirada fija en la de Vandelle.

Al fin, inspirado por una accion irresistible, olvidando donde se hallaba, su situacion y los peligros que corria, se lanzó hácia ella, exclamando:

—Tú á quien nunca creía volver á ver, estás aquí! ¡No es un sueño! ¡Eres tú, tú misma! ¡Pero cómo me miras! ¿Estoy cambiado, no es verdad? Es el aire, es la vida, es tu amor que me faltaba! Cuanta razon tenias al decir que nuestros recuerdos nos encadenarian uno á otro! ¡Ah! ¡Yo ignoraba su misterioso poder! Sin lo cual... ¡Cuántas veces he maldecido mi matrimonio! He echado de menos la miseria que me esperaba... la miseria contigo... ¿De dónde vienes? ¿Dónde has estado? Te he buscado, te he escrito.....

—¡Lo sé!

—¡Lo sabias, y permanecias oculta! ¿Te vengabas de mí?

—¡Sí!

—Pero al fin el amor ha podido mas que la cólera! ¿Acaso podemos vivir el uno sin el otro? ¡Lo has comprendido y me

has perdonado! ¿Podia yo evitar ese casamiento? Si no lo hubiera hecho, me esperaba la ruina... y á tí tambien!.. ¿Qué hubiéramos llegado á ser en ese abismo parisien, con nuestras costumbres de lujo, y sin recursos de ninguna clase?

Detúvose para contemplarla; parecia metamorfoseado; su rostro se habia iluminado, sus ojos brillaban. Rejuvenecíase en un momento, olvidando los tristes años que acababa de pasar.

En su embriaguez, en su locura, perdia la conciencia de sus deberes, de la dignidad misma.

—¡Ah! ¡Cuán bella eres, Ester mia! exclamaba, mas bella aun que en mis recuerdos... Nó, cuando yo te llamaba, cuando evocaba tu imágen, en el paroxismo de mi desesperacion, en la fiebre de mi amor, no te veia así... Pero háblame, respóndeme ¿Vienes á buscarme? ¿no es verdad? ¡Partamos! ¡Dispuesto estoy! ¿A dónde vamos?

—¡A ninguna parte! respondió ella con voz tranquila.

—¿Prefieres quedarte en París? ¡Sea! Iré á unirme contigo; puedo ausentarme de aquí durante meses enteros! ¿Deseas instalarte en este país? ¿En sus cercanías? ¿En Saint-Béat? ¿En Luchon? ¡Donde quieras! Te alquilaré, te compraré una casa, coches, caballos..... Te crearé una existencia de lujo, grande, digna de tí, de tu distincion, de tu talento, de tu hermosura...

Ester le contuvo, diciendo:

—Es decir que V. supone que vuelvo al cabo de dos años para aceptar las proposiciones que rechacé un dia?

Esta frase, la manera como fue pronunciada, la sangre fria de Ester, calmaron la exaltacion de Vandelle.

—¿Qué es lo que V. desea, pues? la dijo asombrado y como si saliera de un sueño. ¿No ha venido V. mas que para volverse enseguida?

—Nó. Me quedo aquí.

—¿Cómo aquí? ¿Aquí? repuso asustado.

—Sí, dijo ella sin perder su calma, vengo á vivir en casa de V.

Estupefacto Enrique, exclamó dos veces seguidas:

—¡En mi casa! ¡En mi casa!

—Sin duda alguna, contestó Ester; no está V. buscando para su esposa una lectora, una...

—¿Y bien?

—Pues bien, yo vengo á ocupar esa plaza!

—¿Usted?

—¡Yo!

—¡Es una insensatez!

—¡Quizás!

—¡Imposible!

—A mí me gustan las cosas imposibles, ya lo sabe V. demasiado!

—Pero, ¿con qué objeto?...

—No tengo necesidad alguna de decírselo á V., demasiado podrá verlo!...

### VIII.

Cuando Enrique iba á preguntarla de nuevo, ella tomó una silla se sentó tranquilamente, y con el brazo apoyado en el respaldo, continuó hablando con voz lenta y cadenciosa:

—Cómo! V. pretende amarme todavía: hace dos años que no piensa V. ni sueña, sino en mí; se halla V. desesperado por haberme perdido; sin mí, falta á V. el aire, abandónale la vida... y precisamente, cuando vengo á ofrecerle á V. vivir á su lado, bajo su mismo techo, no abandonarle nunca, estar siendo siempre blanco de sus miradas, rehusa V. recibirme, me rechaza V., aun á riesgo de perderme otra vez, y esta para siempre... Esto si que es una insensatez, amigo mio!

Vandelle pretendió replicar, pero ella, levantándose, diri-

gióse hácia él, le puso una mano en el hombro, y pronunció estas sencillas palabras:

—¡Va V. á presentarme á su mujer! ¡Lo quiero!

Él se estremeció, pero reponiéndose en seguida, respondió:

—Mi mujer no cometerá la imprudencia de admitir á V. en su intimidad, de que haga V. con ella vida comun..... Es usted demasiado bella, y esa hermosura la asustará!

—Mi belleza, respondió Ester, no hará en ella el mismo efecto que en V. Las mujeres no sienten entre sí esos entusiasmos que inspiramos á los hombres. Además M.<sup>me</sup> Vandelle es también muy hermosa, mucho, segun me han asegurado, y tendrá demasiado amor propio para temer á una rival. Por otra parte, gracias á la sencillez de mi traje, á mi modesto aspecto, sabré sustraerme á cualquier peligro. Me haré tan pequeña, ocuparé tan poco lugar, que ni se dignará mirarme.

—Pero mi mujer no aceptará á V. sin recomendaciones, sin cartas!..

—¿Cartas? Ya tengo!

Y al decir esto, sacó de su bolsillo una carterita de piel de Rusia, tomó de ella dos cartas, y como comenzaba á anocheecer, se acercó á una ventana y empezó á leer, dando á su voz toda la espresion posible, apasionando su lectura:

—«Ester, yo no puedo vivir sin tí! ¡Te amo mas que nunca! ¡Te amo como un loco! Nuestro pasado se yergue ante mí. «Estoy febril. Mi cabeza arde, el recuerdo de nuestros pasados «amores me incendia, me consume. Díme una sola palabra y «corro á tu lado y para toda la vida soy tu esclavo...»

Interrumpió la lectura, y dirigiéndose á Vandelle, dijo:

—Es una carta que V. me escribió, un mes despues de su casamiento. La dirigió V. al azar á la calle de Séze, adonde una persona de toda mi confianza, acudia á buscar mi correspondencia, enviándomela á mi retiro que nunca pudo V. descubrir.

Pero no es esto todo, aquí hay otra: tiene fecha, como la anterior. Oiga V.

—«Ignoro si llegan á tí mis cartas. No sé si esta llegará á tus manos. ¿Dónde te ocultas? ¿A dónde te refugias, huyendo de mí? Con el fin de encontrarte he hecho mil pesquisas, mil indagaciones. ¿No estás suficientemente vengada con las torturas que me estás haciendo sufrir? ¡Ah! Te juro que son intolerables! ¿Y por qué te has de vengar? ¡Si no la amo, si no puedo amarla! Tu recuerdo me separa de ella, y me separará siempre! Nunca podré encontrar al lado de mujer alguna, nuestros esquisitos deleites. Contéstame, vuelve, perdóname. Impon condiciones. Las acepto de antemano, sean las que fueren, las acepto. Haz de mí lo que se te antoje, muero por tí...

—Bien, exclamó Enrique, cuando Ester hubo terminado su lectura, ¿y qué uso pretende V. hacer de esas cartas?

—Ninguno, si hoy me presenta V. á su mujer, como á la lectora que está esperando. Dígale V. lo que se le ocurra; esto no me importa. Puedo haberle sido recomendada, por una persona que le merece á V. toda su confianza, por un pariente, en caso de necesidad. Su mujer de V. supongo que nunca lee las cartas dirigidas á su marido. A pesar de la distancia que nos separaba, no le he perdido á V. de vista, y segun mis informes, es V. verdadero amo en su casa.

—Cierto es; pero todo cuanto hago en ella es justo y es sensato.

—Pues ahora le toca á V. hacer una locura.

—¿Y si no la hago?

—¡Inútil pregunta! La hará V. por fastidio de la vida que lleva en este país, por amor á mí; y añadió enseñando las cartas que acababa de leer, por temor.

IX.

Enriqueta Vandelle y su lectora, hállanse en un saloncito de verano, contiguo al gran salon gótico de la casa. Por la puerta de cristales que se abre sobre el terrado, apercíbese toda la cordillera de montañas, magníficamente iluminadas. El cielo es de un azul trasparente, sin una sola nube; tan solo, en el horizonte, ligerísimos vapores, desprendidos de la caliente tierra, suben lentamente hácia las altas cimas, ocultando por momentos á las miradas algun pico elevado, y desaparecen por detrás de las cimas mas lejanas.

Del terrado en donde se abren las últimas flores del verano mezcladas á las primeras del otoño, del jardin vecino, del musgo recién recortado, despréndense mil aromas que empujados por la ligera brisa, se propagan por el saloncito.

Ester Sandraz á quien todo el mundo en casa de Vandelle, desde hace tres semanas que llegó al país, conoce por el nombre de Clara Meunier, lee en voz alta una de nuestras novelas modernas, y Enriqueta ha abandonado su labor para escuchar con mas atencion. De pronto, interrumpe á la lectora, diciendo:

—¡Cuán falsas son esas pasiones, cuán exagerados esos sentimientos!

—¿Lo cree V. así? dijo Ester, alzando la cabeza y abandonando el libro.

—Comprendo que se prohíba esa clase de lecturas. Agitan, perturban y nada bueno enseñan.

—Pues es extraño. A mí no me agitan en modo alguno!

—¡Cómo! ¿Comprende V. acaso el amor criminal de esa mujer... casada, hácia un hombre que la ama? ¿Esa pasion ciega y desordenada por un jóven á quien apenas conoce, á quien nunca habia visto?

—La comprendería mejor efectivamente, repuso con negligencia Ester, si le conociera desde algún tiempo, si por ejemplo, su amor hubiera nacido en su infancia.

—Ah! no pudo menos de exclamar Enriqueta.

—Y si el marido, continuó diciendo impasiblemente Clara Meunier, en lugar de amar á su mujer, no le demostrase mas que frialdad é indiferencia.

—¿Seria esto una disculpa? preguntó Enriqueta admirada.

—Razonablemente, no; pero el despecho, el dolor, la pasión, no razonan jamás. Y además, hay recuerdos tan dulces, tan tiernos, comparaciones tan peligrosas que el mismo abandono despierta, que la tristeza evoca...!

Clara, ó sea Ester, habíase levantado, y de pié, cerca de la chimenea, colocaba en un búcaro las flores cortadas aquella mañana. Bruscamente, se volvió hácia Enriqueta y dejó caer estas palabras:

—Ya hace muchos dias que M. Vandelle se halla ocupado en cazar!

—¿A propósito de qué, me habla V. de Mr. Vandelle? dijo la jóven irguiendo su cabeza.

—Pues sencillamente á propósito del escopetazo que acaba de oirse cerca de la casa... Mr. Vandelle no tardará en llegar. Acercóse á la puerta de cristales, dió un paso y añadió:

—No me habia engañado; álguien atraviesa el parque... Oh, pero... no es él.

—Alguna visita? preguntó Enriqueta sin moverse de su sitio; ¡Tan pronto! Tal vez será el alcalde! añadió sonriendo.

—Nó; respondió Ester; acaban de dar las doce y Mr. Fourcanade debe hallarse en la estacion. Se espera el tren de Luchon y el Sr. alcalde nos ha confesado que no queria faltar al paso de ninguno, que deseaba despedirse del último parisiense que abandone nuestras montañas. Ah! ya sé quien es! añadió volviendo al salon y sin perder de vista á Enriqueta..... Es ese

jóven que partió hace tres semanas, precisamente al otro dia de mi llegada, y que parecia causarle tanta tristeza abandonar estos sitios... Pero ¿qué le pasa á V., señora?

—¿Qué me pasa? ¿por qué me pregunta V. eso?

—Habia creido notar que se estremecía V.; tal vez esta puerta que debia estar cerrada.....

—Sí; hágame V. el favor de cerrarla.

Mientras que Ester Sandraz obedecia, lanzando una estensa mirada sobre Enriqueta, entró un criado y dirigiéndose á esta, dijo:

—M. Federico Deschamps, pregunta si la señora puede recibirle.

—Ciertamente... que entre.

Ester tomó del velador la novela cuya lectura habia sido interrumpida, y fué á sentarse sobre una otomana en un extremo del salon.

X.

Acababa de entrar Federico, y apenas húbose acercado á M.<sup>me</sup> Vandelle que esta le preguntó vivamente:

—Oh, amigo mio; ¿qué noticias me traes? ¿Has encontrado la plaza que buscabas?

—Nada he encontrado, respondió Federico; en vano he recorrido multitud de fábricas... en todas la misma respuesta: «No necesitamos á nadie.» Solamente se me han dado vagas promesas de pensar en mí para el porvenir... promesas que no comprometen á nada, y que se olvidan antes de salir á la calle el interesado... ¡Y esto es todo! Pero en verdad, que habíame olvidado de preguntar por tu salud... Me parece que estás pálida... ¿Te encuentras mal?

—Nó; al contrario, me encuentro perfectamente. Hablemos de tí. ¿Y qué piensas hacer ahora?

—Volverme á París.

—¡Ah! Esperas encontrar allí....

—Espero por influencia de mis amigos, de mis colegas obtener una plaza en el extranjero.

—¡En el extranjero!

—Sí. Nuestra escuela, proporciona muchos ingenieros á países apartados que se aficionan á la industrial!

—¡Abandonar la Francia, repuso ella tristemente; y por tanto tiempo!

—Por mucho tiempo, sí; para siempre quizás! Cuando uno se vá, ¿sabe, acaso, si ha de volver?

—Solo, y tan lejos, en países desconocidos, en medio de extraños, de indiferentes!

—Solo allá ó solo aquí... qué mas dá! No es la soledad lo que me espanta! Hubiera deseado permanecer en este país al lado de... de mis recuerdos de la niñez!... Pero desde el momento en que esto es imposible, poco me importa el rincón de tierra donde he de vivir.

Clara Meunier que no habia pronunciado una sola palabra desde la llegada de Federico, y se habia contentado con observarle por encima del libro en que parecia estar leyendo atentamente, creyó poder tomar la palabra y mezclarse en la conversacion:

—Dispéñeme V., señora, dijo, pero me parece haber oido decir que en este momento hay una plaza vacante en la fábrica de Vds.

—Ya lo sé, respondió Enriqueta secamente.

—Perdóneme V., pero creí que lo habia V. olvidado.

—Doy á V. las gracias.

Federico se habia vuelto hácia la que acababa de intervenir en su conversacion.

—¿Una plaza aquí? dijo admirado.

—Sí, repuso Ester, á quien ya se interrogaba directamente.

Una plaza de ingeniero para las máquinas. Ayer tarde, oí hablar de ello á Mr. Vandelle.

Dicho esto, se levantó, colocó otra vez el libro sobre el velador, y dirigiéndose á Enriqueta:

—Suplico á V., la dijo, me permita alejarme un momento; pero el correo va á salir y he de escribir una carta.

—Haga V. lo que quiera, contestó, Enriqueta.

Cuando esta se halló sola con Federico, volviósese hácia él diciéndole:

—Ya sabia que habia una plaza vacante aquí... He dudado, dudo todavía en pedirla para tí, porque... pero hago mal ¿verdad? Estoy segura de tí! El pasado ha muerto para nosotros. Olvidaremos ambos las palabras que se te escaparon hace quince dias; no verás en mí, mas que una hermana, una amiga... ¿Qué te parece Federico? ¿Puedo pedir esa plaza para tí? ¿Serás feliz si la obtienes?

—¿Feliz por vivir á tu lado? ¿Y aun lo dudas?

—Mira, si continúas hablando así, no la pido: dime que serás feliz por tener una posicion, por cumplir un deber.

—Te prometo que ninguna palabra que pueda ofenderte saldrá de mis labios. Respondo de mí mismo, me siento fuerte... Tu amistad me es demasiado preciosa para esponerme á perderla, pero déjame decir que seria una dicha para mí, permanecer á tu lado. ¿Por ventura, un hermano no es feliz por vivir al lado de su hermana?

—Siendo así, véte; oigo llegar á mi marido y deseo quedarme sola con él para hablarle de tí.

XI.

Algunos minutos despues, Enrique Vandelle que acababa de quitarse su traje de caza, entraba en el saloncito. Sin duda es-

peraba encontrar en él á Ester Sandraz. Cuando vió que no estaba, volvió la espalda para retirarse, despues de haber cambiado algunas palabras insignificantes con su mujer.

—Te pido un instante de audiencia, Enrique, djíole en el momento en que salia.

Detúvose él y volviendo sobre sus pasos, preguntó con tono adusto:

—¿Qué tienes que decirme?

—Quisiera, respondió resueltamente Enriqueta, rogarte que dés á Mr. Federico Deschamps la plaza de ingeniero vacante en la fábrica!

—¡Todavía!

—Cuando te hablé en su favor, hace tres semanas, me respondiste que no habia plaza vacante. Hoy sé que hay una, y te la pido para mi amigo de la infancia.

—Este es un asunto de administracion, Enriqueta, y por lo tanto, no te incumbe.

Ella se levantó y acercándose á él, repuso con firmeza:

—Nó; no es para mí un asunto de administracion. Es una cuestion de amistad, de simpatía, casi de deber. Ya sabes el interés puro y fraternal que Federico me inspira. Conoces su mérito, su probidad; yo respondo de su abnegacion, de su celo, y te pido como una prueba de condescendencia, de afecto hácia mí; como una gracia personal, esa plaza que á nadie has prometido y que deseo la otorgues á él.

Vandelle pareció reflexionar un instante y respondió luego:

—Siento rehusarte lo que me pides. Para la vigilancia de las máquinas, me bastará un buen contraamaestre. No me gustan los muchachos de academias, que vienen embutidos de teorías nuevas y revolucionan los talleres.

—Pues no hablemos más de ello, dijo Enriqueta dirigiéndose hácia la puerta.

—Lo siento mucho...

—Yo soy la que siento haberte importunado, replicó ella sin volverse.

Y salió por la puerta del jardin, dejando solos á su marido y á su lectora, que acababa de entrar y habia oido las últimas palabras de la conversacion.

## XII.

Ester Sandraz, siguió durante un momento con la vista á Enriqueta. Y cuando la vió desaparecer por uno de los paseos del parque, dijo á Vandelle:

—¿Por qué rehusa V. á ese jóven una plaza en la fábrica?

—¿No lo ha adivinado V.?

—Nó.

—Por dos motivos!

—¿Cuáles?

—En primer lugar, dijo paseándose con agitacion, porque no me conviene introducir un espía en mi casa.

—Para lo que tendria que espiar, dijo Ester sonriendo, con venga V. en que el cargo seria una verdadera canongía.

—Sea. Pero...

—Pero ¿qué?

—Nada; dijo sin detenerse en sus paseos.

—Adivino: cuenta V. con el porvenir!

—Oh! exclamó; pobre de mí si no contase!

—Pues hace V. muy mal: el porvenir será igual en todo al presente.

—Lo veremos!

—Ya está visto. Pasemos al segundo motivo.

—El segundo motivo consiste en que no me hallo dispuesto á ser condescendiente.

—Ya se conoce. ¿No ha tenido V. hoy buena punteria en la caza?